

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA

Nº


511

HARRY RICHMAN
JOAN BENNETT

25
50
CTS

NÚMERO
EXTRAORDINARIO

La Canción del Ritz



LA CANCIÓN DEL RITZ

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-María Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 511

La canción del Ritz

Producción sonora, interpretada por
Harry Richman, Joan Bennett, James Gleason
Aileen Pringle y Lilyan Tashman

Dirección de Edward E. Sloman



Exclusiva de

Los Artistas Asociados

Rambla de Catalunya, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NEIL HAMILTON

Prohibida la
reproducción

Tip. Barcelona - Arbau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona



La canción del Ritz

Argumento de la película

I

Dolores Fenton se presentó en la agencia con su composición en la mano y el corazón en su puño.

Se jugaba su última carta. Había tocado ya todos los resortes y en ninguno había encontrado la solución apetecida.

El porvenir se le presentaba tan negro como la tinta china.

Sabía un poco de música y se le ocurrió probar su inspiración.

Compuso una cancioncilla que le pareció agradable y allá fué con su obra a una de esas agencias que tanto abundan en los Estados Unidos y que lo mismo sacan una Raquel Meller de una fregona, que un Beethoven de un murguista callejero.

Timidamente, porque Dolores, a pesar de la durísima lucha que venía manteniendo con la vida no había aprendido a tener valor, preguntó al empleado que guardaba el vestíbulo:

—¿Puedo ver al gerente? Vengo a ofrecerle una canción a ver si quiere encargarse de explotarla.

—¡Ah! Perfectamente. Las explosiones son continuas en esta casa. Si puede usted esperar, acaso consiga lo que desea.

—Esperaré todo el tiempo que sea necesario. Precisamente no tengo que hacer otra cosa.

—Pues espere usted sentada. Pase usted a la salita de al lado. Ahí hay buenos asientos.

Dolores pasó a la salita. Pero no llegó a sentarse. Algo estaba sucediendo allí que le llamó poderosamente la atención.

* * *

En otra estancia más espaciosa, dedicada a buen seguro a los que querían probar sus facultades de bailarines, uno sentado al piano que había en un extremo y el otro de pie al lado del pianista, estaban Luis Raymond y Andrés Tierney, dos maestros de la audacia que se habían empeñado en nublar la gloria de Caruso y de Wagner, pues Luis cantaba y Andrés tocaba.

En la sala no había más que una persona. Poco público. Andrés se acercó al único auditor para preguntarle:

—¿Qué le ha parecido a usted?

—Sumamente molesto. Me revientan los berridos.

—¿Cómo berridos? ¿Entiende usted de música? ¿Es usted artista?

—¡Dios me libre! Soy inspector municipal.

Y se fué a inspeccionar a otra parte.

Entró un botones con un telegrama. Lo cogió Andrés. La cara se le puso más triste que un concierto de bandoneón cuando leyó:

Informes pésimos sobre su número. Imposible procurarles contratos.

Agente Carter

—¡Adiós ilusiones!—exclamó.

—¿Qué pasa?—preguntó Luis.

—Toma y lee.

Luis tomó y leyó.

—¿Y qué?—preguntó con tono arrogante.

—Que hemos de conservar a toda costa el empleillo que tenemos en esta casa. ¡Nosotros que habíamos soñado con emprender el vuelo esta semana misma!

—¡Y lo emprendemos! ¿Por qué no?

—Porque no es sólo cosa de volar. Es necesario comer, aunque sólo sea de vez en cuando.

—¿Qué materialista eres! — exclamó Luis lanzando un descomunal bostezo al

oír nombrar la comida—. Para obtener el triunfo lo primero que hay que hacer es desearlo vivamente.

—Te advierto que en desearlo no me quedo corto. Puesto a desear, desearía descubrir doce pozos de petróleo. Y ¿crees sinceramente que eso me bastaría para cubrirlos?

—No te bastaría pero sería un precioso elemento para el logro del fin. Hay que tener ambiciones y confianza en las propias fuerzas. El hombre que no las tiene haría bien en morir en el acto. Es un estorbo en la vida... ¡Sigue mi ejemplo! ¡Ahora verás!

Cogió el papel de música que estaba aún sobre el atril y salió del amplio salón de pruebas con paso resuelto y erguido continente.

Se encontró con el señor Wagner, el gerente, en el pasillo.

—¡Mi querido director!—exclamó cogiéndole del brazo—. Venga usted conmigo y prepárese para llorar de alegría.

Lo condujo a la pequeña salita de es-

pera, le hizo sentar en un sillón y ocupó el la banqueta del piano.

—En su vida ha oído nada semejante— exclamó el héroe—. Es mi última canción. Escuche usted.

Y comenzó a cantar acompañándose con el piano.

En este momento entró Dolores Fenton en la salita de espera.

II

Desde el primer momento le fué simpático el aspecto del cantante y agradable su modo de cantar.

Pero el señor Wagner debía de opinar de modo muy distinto, puesto que, no bien había lanzado Luis el segundo do de nariz y de pecho, se levantó sigilosamente y se escurrió fuera de la estancia como una anguila.

Dolores, en cambio, se acercó al pianista, y cuando éste, después del calderón final, se volvió para preguntar al director: "¿Verdad que es una maravilla?", se quedó perplejo al ver que la figura voluminosa, masculina y peluda del señor Wagner,

se había convertido en la de un precioso bíbelot, de carne de nacar, cabellos de oro y mirada deliciosa.

Respondiendo a su mirada interrogadora, manifestó Dolores:

—He escrito una canción y he venido aquí para ver de colocarla.

—¡Bravo, pequeña! Precisamente soy yo el encargado de examinar lo que se nos ofrece. A ver esa canción. Traiga usted acá.

Le quitó el papel de la mano, lo colocó sobre el atril y leyó la primera página.

—¡Tarari, tarará! ¡Do, do, do! ¡Si, la, sol! ¡Si, la, sol! ¡Si, la, sol!...

Torció el gesto.

—Esto no sirve ni para desvelar a los vecinos.

Dolores se puso tan triste, que a Luis le pareció que iba a romper a llorar.

Y un caballero como él no podía consentir que una muchacha tan linda llorara en su presencia.

—¡Pero se puede arreglar! Todo en este mundo tiene arreglo. A ver.

Siguió leyendo:

—¡Ta, ta, ta, ta, ta! ¡Tarariiii! ¡Chim pum!... Magnífico. Esto, cantado, ha de resultar estupendo. ¿Sabe usted tocar?

—Sí, señor.

—¡Pero mujer de Dios, haberlo dicho antes! ¡Usted tocará y yo cantaré! Vamos a ver. Probemos.

La prueba satisfizo en extremo a Luis.

—¡Oh, estamos salvados!... Espere usted! Voy a ponerme de acuerdo con mi socio, el gerente de esta casa.

Entró como una tromba en el despacho del señor Wagner y dió un manotazo en la mesa.

—¡Le felicito, señor Wagner! Voy a ofrecerle una oportunidad de ganar unos milloncitos. He aquí la clave.

Y le mostró el pliego de papel pautado.

El señor Wagner descargó en la mesa un terrible puñetazo.

—¡Ya estoy harto de sus impertinencias!—rugió—. ¡Ahora mismo se va usted a ir a la calle para no volver a poner los pies en esta casa!

Entonces se abrió la puerta y apareció Andrés.

—Si él se va—dijo—siento participarle que yo también me voy.

—¡Pues menuda alegría me da usted! ¡A los dos les detesto igualmente!

—Mucho cuidado, amigo mío — dijo Luis con arrogancia—. Piense usted que está hablando con una gloria del futuro. Entonces vendrá usted a implorarme de rodillas que le escriba una canción y yo le diré que se entienda con mi secretario.

—Que será un servidorito—añadió Luis.

—¡Al diablo los dos!

—¡Límpiese que está de huevo!

Y una vez pronunciada esta frase lapidaria, Luis cogió del brazo a Andrés y lo condujo fuera del despacho.

Allí estaba Dolores, esperando el resultado de la entrevista.

Lo primero que hizo Luis fué presentarle a su amigo Andrés. Después le dijo con tono altisonante:

—El horizonte se nos presenta despejado. Acabamos de pisar el camino de la gloria. No nos hemos entendido en la cues-

tion del precio. Si encontráramos un local donde hubiera piano.

—Lo hay en mi casa—dijo Dolores.

—¡Estupendo! ¡Es muy numerosa su familia.



—¡Al diablo los dos!

—Vivo sola con una amiga de la infancia.

—¡Magnífica coincidencia! Dos amigos y dos amigas. Corramos a darle la alegría a su compañera de felicidad.

III

Flora, que así se llamaba la amiga de Dolores, estaba lavando y bostezando.

Lo primero lo hacía para limpiar la ropa; lo segundo, porque su estómago estaba completamente limpio.

Cuando vió llegar a Dolores acompañada de dos caballeros una esperanza nació en su corazón. Acaso las convidaran a almorzar.

A Flora le pareció estupenda la idea de acompañar a aquellos dos jóvenes por el camino del triunfo y en seguida acordaron dividir la casa en dos mitades incomunicables para que en una vivieran los dos caballeros y en la otra las dos damas.

Una vez ultimados estos planes, Flora dió un bostezo fenomenal.

—Ustedes me perdonarán, pero me disponía a almorzar en este momento.

Andrés vió el cielo abierto.

—¡Bravo! Comenzaremos por reconfortarnos para emprender la lucha.

—El caso es que no tenemos en casa nada de comer.

—Entonces ¿cómo es que se disponía usted a almorzar?

—Porque esperaba que ustedes nos convidarian. Donde hay caballeros no pagan las señoras.

—Tiene usted razón—dijo Luis quitando a Andrés su falso pero vistoso alfiler de corbata y clavándoselo él debajo del nudo—. Esperad. Dentro de cinco minutos estoy de vuelta.

Conocía al tendero de ultramarinos más importante del barrio y entró sin vacilar en el establecimiento.

—¡Hola, joven!—exclamó el tendero—. ¡Cuánto tiempo sin verle!

—He estado ocupadísimo. Los editores no me dejan vivir. Crea usted que no sé que es mejor: si vivir pobre, pero tranquilo, o rico sin tener un minuto de descanso.

—¡Caramba! ¡No sabía que había progresado usted tanto!

—Sí, he tenido un poco de suerte. Póngame algunas cosillas. Rosbif, foie-grás, jamón, longaniza, algunas conservas. En fin, usted ya sabe las cosas buenas que tiene.

Le tuvo que hacer varios paquetes, pues no disponía de papel lo bastante grande para envolver las cosas en uno ni en dos.

* * *

Cuando estaba todo listo, se detuvo un auto a la puerta y entró el chofer.

Luis tuvo una súbita inspiración.

—¿Quiere ayudarme a llevar los paquetes al auto?

—¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!

Cuando estuvo instalado en el automóvil, exclamó el artista:

—¡Caramba! Creo que me he olvidado de pagarle.

—¡Bah! No se preocupe de eso ahora. Ya le mandaré la factura.

—¡Vaya! Pues hasta la próxima.

Apenas volvió el tendero a su establecimiento, abrió Luis la portezuela del lado del arroyo y se apeó.

Pero eran muchos los paquetes para las dos manos que tenía y se le cayeron la mitad.

Mientras los recogía, el chofer volvió al auto y lo puso en marcha, de modo que desde la tienda, pudo ver el tendero la lucha que Luis mantenía en medio del arroyo con los paquetes.

Con su astucia de comerciante, adivinó inmediatamente que el joven compositor

le había tomado el pelo y salió de la tienda dando gritos.

Pero Luis ya tenía bien asegurados todos los paquetes y desapareció de la vista del tendero en menos tiempo del que se emplea para lanzar un estornudo.

Cuando llegó a casa de sus amigas con tan abundantes y exquisitas provisiones todos se quedaron estupefactos, y con una expresión de duda en los ojos que podía traducirse por la tan conocida frase: "No puede ser verdad tanta belleza."

La que más pareció impresionarse fué Flora, que tuvo que sentarse en una silla para no caer en el suelo tan larga como era, pues el olorillo de las viandas había producido en su organismo ese efecto mareante que a veces producen los perfumes demasiado exquisitos en los que no estamos acostumbrados a gastarnos cincuenta duros en un frasquito de extracto.

Comieron a dos carrillos, y porque no tenían cuatro, y, al mismo tiempo, fué comunicando Andrés a Luis el número que habían pensado componer entre los cuatro. Es decir, los compondrían entre los

cuatro, pero lo habían pensado entre los tres mientras Luis permanecía ausente.

A éste le pareció estupenda la idea. ¿Qué no le parecería a él estupendo, y más en aquellos felices instantes en que a cada mordisco se llevaba doscientos gramos de jamón?

De pronto, sonó repetidamente el timbre de la puerta. Fué una llamada impaciente, demostrativa de que el visitante no estaba para que le contaran chascarrillos.

Dolores, que era la que estaba más cerca, fué a abrir, y al ver la cara de horror que tenía el visitante no se le ocurrió pensar nada peor que un dolor de muelas y le dijo:

—El dentista es el piso de abajo, caballero.

—¡Qué dentista ni qué zanahorias!— replicó el caballero con voz más avinagrada aún que su semblante—. Vengo en busca de un joven que ha entrado aquí cargado de paquetes. No me diga que no, porque yo le he visto.

Y, como al mismo tiempo empujaba a

Dolores, pudo trasponer el umbral y ver a Luis, que permanecía con medio kilo de salchichón en la mano, sin atreverse a hincarle el diente.



Luis se vió perdido, pero en una de sus repentinas inspiraciones...

—¡Esc, ese es!—exclamó.

Luis se vió perdido, pero en una de sus repentinas inspiraciones, quitó a Andrés el alfiler de corbata que ya le había devuelto

y fué al encuentro del dueño del colmado, que no era otro el indignado visitante.

Le empujó hacia el pasillo, cerró tras él la puerta y allí se arregló todo, quedándose el tendero con el alfiler de corbata y ellos con los comestibles. Conviene hacer constar que los comestibles valían alrededor de sesenta pesetas, y el alfiler lo había adquirido Andrés por siete.

Y así fué como pudieron terminar de comer tranquilamente y después, confortado el cuerpo y alegre el ánimo, preparar el número con el que se prometían hacerse millonarios en poco tiempo.

IV

Las parejas se formaron como era natural que se formaran, saliendo el lazo de simpatía que, desde el primer momento, unió a Dolores y a Luis. Esta pareja no podía ya deshacerse y, por consiguiente, la otra la formaron Andrés y Flora.

Por cierto que también Andrés y Flora parecían hechos el uno para el otro. Los dos eran igualmente francos y joviales y poco faltó para que se tutearan la mañana en que se conocieron.

El único inconveniente que Andrés encontraba a Flora era el de su insaciable apetito. Con una compañera de trabajo así nunca tendría un céntimo. Pero ¿qué

importan estas ínfimas materialidades cuando los espíritus se han puesto ya de acuerdo?

Un día, después de pasar algunos de dura lucha con los empresarios, Luis se presentó en casa con la gran noticia de que había obtenido un contrato.

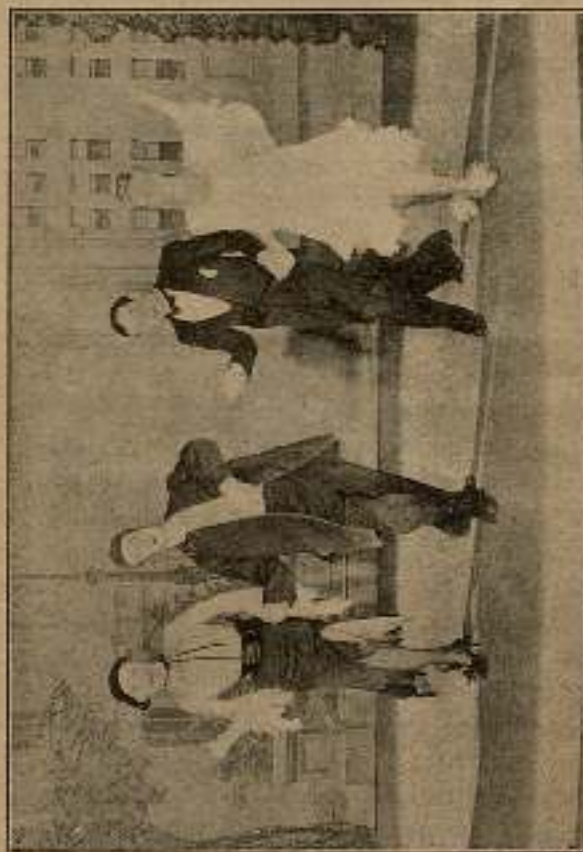
La alegría les hizo bailar, saltar y cantar. Se repartieron algunos abrazos... y también algunos golpes.

—Ni que decir tiene como aumentaron los humos de Luis a consecuencia de este éxito. ¡Lo que el no consiguiera!

El teatro donde tenían que trabajar, pertenecía a los barrios bajos y tenía tanto de coliseo como de cuchitril, pero Flora, Dolores y Andrés se dijeron filosóficamente: "Por algo se empieza."

Luis, en cambio, ya había formado el propósito de enviar a aquel grosero público al diablo una vez les hubiera dejado con la boca abierta con su arte inimitable.

Realmente, el éxito de la noche del debut fué para Luis que, al final del número, salió a escena solo y cantó unas cuantas canciones.



Realmente, el éxito de la noche del debut...

El público aplaudió frenéticamente y Luis tuvo que repetir el repertorio.

El patio de butacas—que no eran tales butacas sino modestas sillas de esas que se fabrican en series—estaba lleno de un público de cuyos alcances artísticos se podía esperar muy poco. Predominaba el elemento alpargateril y abundaban los rostros sin afeitar.

Realmente era fácil conquistar a un público de esta categoría, y por eso lo consiguió Luis tan rápidamente, pero el Caruso del pequeño derecho erró al creer que se le podía tratar de cualquier modo.

A cada nueva ovación crecían los humos de Luis y esto se reflejaba en sus actitudes y en las sonrisas con que parecía querer perdonar la vida al público.

Uno de los espectadores, que tenía cara de lobo de mar y que masticaba el tabaco por pastillas enteras, se dió cuenta del desprecio de que el "cupletista" les estaba haciendo objeto y, como gracias a Dios no tenía que aguantar impertinencias de nadie, en vez de aplaudir, comenzó a hacer chistes a costa del artista que arrancaban

carcajadas de los que estaban a su alrededor.

Por fin Luis se negó a seguir cantando, con estas palabras.



A cada nueva ovación crecían los humos de Luis...

—Comprendo que vuestro gusto sería que os estuviera recreando el oído hasta mañana, pero me es imposible complacerlos.

Entonces el lobo de mar lanzó una estruendosa carcajada.

—Supongo que esa carcajada soez no irá dirigida a mí—dijo el artista con tono de amenaza.

—Pero ¿quieres callar de una vez, co-torra?

El público acogió estas palabras con una carcajada unánime y Luis, cada vez más fuera de sí, exclamó:

—La culpa la tengo yo por trabajar ante un público de tan baja estofa.

Lo que entonces se armó tuvo todos los caracteres de una sublevación anarquista.

El empresario, con mucho acierto, mandó echar el telón, pues, de no hacerlo así acaso hubieran tenido que sacar a Luis de escena en una camilla.

Y no paró ahí la aventura.

El empresario, indignadísimo, echó del teatro a Luis y a todos sus acompañantes con cajas destempladas.

El buen hombre decía, y con razón que el contrataba a los artistas para divertir al público y no para provocarlo.

Siguieron unos días tormentosos. Bostezos. Semblantes agrios. Dolores estaba apenadísima. Flora, en vez de pena, sentía indignación.

Estaban las dos en su departamento, pensando en el negro porvenir que se les presentaba, cuando entró Andrés, el cual, para despejar el ambiente, comenzó a bromear con Flora, broma que consistió en alargar los brazos de modo que las manos tropezaron con la enfurecida rubia.

—¡Oye, rico! ¡Que no estás en el cine!

—Lo he hecho para alegrarte, Florita.

—Muchas gracias, pero no quiero alegrías de esa clase. La alegría nos la dió tu amiguito con su estúpido desplante.

—La culpa no fué sólo suya—dijo Dolores saliendo en defensa de Luis—. El cantó muy bien y no iba a consentir que



...cuando entró Andrés, el cual, para despejar el ambiente, comenzó a bromear con Flora...

aquel bárbaro que estaba entre el público le pusiera en ridículo con sus burlas.

—No trates de defenderle—replicó

Flora—porque no tiene perdón de Dios. El se ha creído que es un Bismark y no es más que un aspirante a artista. Si no



—*Eres admirable, Luis. Creí que te encontraría llorando y...*

se le bajan los humos le presagio un triste fin.

Cuando Andrés pasó a su departamento, quedó estupefacto al ver que el culpable estaba más alegre que unas pascuas.

—Eres admirable, Luis. Creí que te encontraría llorando y pareces el hombre más feliz de la creación.

—Mis motivos tengo—replicó Luis mostrándole un telegrama—. No creas que me ha sorprendido. Lo esperaba. Me basta ver la firma para comprender que se trata de un contrato. No lo he leído. Quiero que todos participéis de la alegre sorpresa. Vamos a reunirnos con las chicas y entonces le daremos lectura.

Seguido de Andrés, Luis entró en la habitación de las *partenaires* blandiendo el telegrama y dando gritos de victoria.

Como era de esperar, Dolores y Flora se abalanzaron sobre él para arrebatarlo, pero Luis les detuvo.

—¡Calma, calma! Ahora lo leeré en voz alta. Veremos qué teatro de Broadway nos han destinado.

Y con voz altisonante, comenzó a leer:

El agente Barnes se ha fijado en ustedes. Vengan a Nueva York para tomar parte en revista de Broadway.

—¿Qué os parece? ¿Tenía yo razón o no al deciros que nuestra carrera sería cosa de seis u ocho días?

—¡Bueno, hombre, bueno!—exclamó Flora—. Todos reconocemos que eres adivino. Pero sigue.

Luis continuó:

Este contrato es para Luis y su "partenaire". Para Flora y Tierney he conseguido también uno en el "Star Theatre", de Chicago, que comenzará la semana próxima.

Una profunda y dolorosa desilusión se posesionó de los semblantes de Andrés y Flora. ¡Ellos que habían soñado ya con ir a Broadway! ¡Muy poco debían de haber gustado al agente Barnes cuando se atrevía a proponer la fragmentación del número!

Dolores y Luis se miraron también, comprendiendo lo que estaría pasando por las almas de sus amigos.

Y en un arranque de generosidad, Luis exclamó:

—¡Pues si creen que vamos a aceptar están muy equivocados! ¡O vamos los cuatro a Broadway o no vamos ninguno!

—¡Naturalmente!—corroboró Dolores.

Pero Andrés, esforzándose por emplear un tono alegre y animoso exclamó:

—¡Qué tontería! ¡No es cosa de que perdais esta excelente oportunidad por nosotros! ¿Verdad, Flora?

—¡Claro!—confirmó la rubia consiguiendo sonreír alegremente—. Vosotros id delante, haceos un nombre. Después os será fácil obligar a las empresas a que nos contraten a los cuatro juntos.

La discusión se prolongó en tonos cada vez más vivos, pero Flora y Andrés acertaron a usar tales argumentos, que acabaron por convencer a la feliz pareja de que partieran inmediatamente para Nueva York.

La despedida fué emocionante. Sin saber cómo, al estrecharse la mano, vieron que habían formado con los cuatro brazos una cruz y entonces exclamó Flora:

—¡Mirad, señal de boda!

—¡Cierto!—dijo Luis alegremente—

¡Mucho cuidado Andrés!

—¡Lo mismo digo, camarada!

V

Estaban a punto de salir al brillante escenario del famoso teatro de Broadway, cuando Luis advirtió que el semblante de Dolores parecía nublado por la tristeza.

—¿Qué significa eso, Dolores? ¿No estás contenta?

—¿Cómo no he de estarlo? Estoy contentísima. Pero siento una inquietud que empaña mi felicidad.

—¿Por qué causa?

—Luis, voy a serte franca. Temo que haya algo en tu carácter que sea un obstáculo para tu porvenir. Ese endiosamiento, esa vanidad desmedida puede hacerte insoportable para el público. ¿Verdad que

no te ofendes por que te diga esta verdad?

—Al contrario, Dolores. Me estás dando una prueba de estimación. Me has abierto los ojos. Procuraré corregirme.

Sin darse cuenta, la había rodeado con sus brazos y la miraba dulcemente.

Una emoción profunda los dominaba.

Tras una pausa en que no hicieron sino mirarse fijamente a los ojos, Luis murmuró:

—Te prometo, Dolores, que procuraré ser el hombre que tú quieres. Si lo logro ¿querrás casarte conmigo?

Y ella contestó:

—Acepto sin condiciones, porque te amo.

* * *

Tuvieron un gran éxito. Mejor dicho, Luis tuvo un gran éxito, pues Dolores no hizo más que acompañarle modestamente, sin preocuparse lo más mínimo de su lucimiento y tan encantada como el público viendo evolucionar a Luis en el escenario y oyendo sus graciosas canciones.

Pero donde se desbordó el entusiasmo de los espectadores fue en "La Canción del Ritz", un número de gran vistosidad que permitió a Luis lucir plenamente sus facultades.

No todos aplaudieron al nuevo artista con el mismo calor. En una de las primeras filas de butacas estaba Teresa Van Rennsler con su *amigo íntimo* el señor Brocks, una pareja elegante, exquisita, muy siglo xx. El no se conmovió ante los

méritos del artista, pero ella se entusiasmó por los dos, sin que el señor Brooks pareciera muy enojado por ello.

Su belleza y el brillo de sus joyas deslumbraron a Luis, el cual creyó reventar de vanidad al ver el ardor con que aquellas delicadas manos le aplaudían.

Al retirarse al camerino, sentíase tan embriagado por el éxito como si se hubiera bebido varias botellas de champaña, para celebrar el triunfo, se dirigió con Dolores a un cabaret elegante, donde quiso la fatalidad que estuviera Teresa Van Rensler con su amigo Brooks.

Al entrar el artista, Teresa inició un aplauso que arrancó inmediatamente una ovación unánime, y Luis, para corresponder a aquellas demostraciones de simpatía, cantó algunas canciones que hicieron las delicias de la concurrencia.

Al cantar, se fué acercando poco a poco a Teresa, como si sus brillantes ojos le hipnotizaran y ya no se movió de allí hasta lanzar la última nota. Ella sonreía satisfecha y Dolores comenzó a comprender y a sufrir.



...y Luis, para corresponder a aquellas demostraciones de simpatía.

Se hicieron muy amigos.

Cuando, de madrugada, se separaron, Brooks dijo a su *intima amiga*:

—Parece interesante ese joven más de la cuenta.

—Es muy agradable. Un gran artista.

—¡Pobre muchacho y pobre de mí! Pobre de él porque le vas a convertir en un juguete de tus caprichos, pobre de mí porque voy a aburrirme mucho hasta que te pase esta racha.

* * *

Estaba Luis en su camerino, cuando entró un empleado con unas cuantas cartas y otros tantos telegramas.

Pero Luis apartó aquellos papeles con la mano.

—Ahora no tengo tiempo de leer nada.

Y un telegrama que estaba mal pegado cayó al suelo y se abrió, quedando al descubierto las siguientes frases:

"Acabamos tournée esta semana. Estaremos con vosotros Navidades. Flora siempre hambrienta. Preparad banquete.
Andrés."

Y este telegrama quedó allí, desdeñado entre las patas del tocador, para ser barrido.

Entró Dolores.

—Has estado magistral, Luis—le dijo como de costumbre.

Era una prueba de amor que ningún día dejaba de dirigir a su prometido para alentarlo.

Al volverse para dar las gracias a Dolores, vió a Barnes, el empresario.

—Dolores siempre me encuentra magistral—le dijo.

—Pues yo no soy de la misma opinión—repuso Barnes.

Luis se quedó asombrado. Era la primera persona que le encontraba un defecto.

—Hay que cambiar, Raymond—añadió Barnes—. El teatro hasta media noche. El cabaret hasta la madrugada. Eso no es vida. Así, pronto acabará usted con su arte y con su salud.

—¡Qué tendrá que ver mi arte con que quiera distraerme un poco después del trabajo! Eso son ganas de querer sacar las cosas de quicio.

—Es una distracción peligrosa abusar de la bebida como abusa usted. No hay garganta que resista eso.

—Quien le oiga a usted creerá que me alimento de alcohol.

En vista de que la discusión se agriaba, Dolores intervino:

—¡Ea, basta! Se tratan ustedes como si no se hubieran estimado nunca.

—El que parece olvidar los pasados afectos—dijo el empresario—es él. Con usted misma no se porta como debiera. En cambio, es un juguete en manos de esa "cocotte" con ribetes de gran señora que se llama Van Rennsler.

—Luis tiene que cultivar sus relaciones—se apresuró a replicar Dolores antes de que Luis lo hiciera de otro modo menos discreto—. Lo exige su trabajo. Eso no quiere decir que me abandone.

Hablaba en tono conciliador y alegre, pero Dios sabía lo que estaba sucediendo dentro de ella ante la certera alusión del empresario.

Este miró con admiración a aquella ahnegada criatura, cuyo amor era tan desinteresado y profundo que sacrificaba incluso la correspondencia.

Tanto satisfizo al artista oír hablar así

a su partenaire, que contestó a Barnes sin la menor sombra de rencor:

—Ya sabe Dolores que yo no dejo de pensar nunca en ella y se lo demuestro reservándole un puesto de honor en la comida que daré en mi casa el día de Navidad. ¿Verdad, Dolores que tú tienes confianza en mí?

—Naturalmente—repuso ella con una explosión de alegría que allá en su interior era más bien explosión de llanto.

—Sin duda estaba equivocado—declaró Barnes—. Les pido perdón a los dos... Y ahora vámonos a tomar alguna cosilla. Celebraremos así el feliz final de este pequeño incidente.

Pero Luis no demostró el menor entusiasmo ante la idea de salir con Barnes y con Dolores.

—Claro que si tienes algún compromiso...—insinuó Dolores facilitándole ella misma la salida.

—Pues... verás... Resulta.

Sonaron unos golpes en la puerta y una voz femenina preguntó:

—¿Viene usted, Luis? Le estamos esperando.

Era la voz de la señora de Van Rennsler.



Celebraremos así el feliz final de este pequeño incidente.

Se originó una situación violentísima que Luis resolvió despidiéndose precipitadamente de Dolores y de Barnes y saliendo del camerino.

VI

La mesa estaba magníficamente preparada en el suntuoso comedor.

Asistía a la fiesta lo mejor de la "High Life".

Al lado de Luis se sentó Dolores, pero como tenía dos lados, el otro lo ocupó la señora de Van Rennsler, que desde el primer momento hizo caso omiso de su caballero, el señor Brooks, y se dedicó a flirtear con el anfitrión.

Siempre acababan lo mismo aquellos *flirts*. Luis, embriagado. Teresa, perdida toda discreción y enamorando a Luis abiertamente.

Como es de suponer, la fiesta estaba resultando un calvario para la paciente Dolores.

* * *

Llegaron Flora y Andrés, vestidos con dos trajes a cuadros que habían armado una revolución en los puntos céntricos de la ciudad. No eran muy de moda, pero por eso precisamente pudieron adquirirlos a un precio razonable.

Iban haciendo cábalas acerca de los preparativos que habrían hecho sus amigos para recibirles y comentando la alegría con que acogerían los regalos que les llevaban.

Al entrar en la suntuosa mansión de Luis quedaron boquiabiertos.

—¡Vaya palacio!—exclamó Andrés.

—¡Ya, ya! Como se nota que corren los dólares.

El criado les salió al encuentro, mirando con extrañeza la pintoresca indumentaria de los visitantes.

—¿Qué desean ustedes? Los señores están cenando en este momento.

—¡Oh!—exclamó Andrés—. No han tenido paciencia para esperar. Realmente, nos hemos retrasado un poco... ¡Vamos a sorprenderles!

Y apartando al criado, se dirigieron a la puerta del comedor, la abrieron de pronto, y Andrés se plantó de un salto ante los comensales exclamando:

—*Voilà!*

Estupefacción general. Por fin, algunos invitados creyeron comprender.

—¡Es que Luis tenía preparado este número de excéntricos y no ha dicho nada para darnos una sorpresa! ¡Muy ingenioso!

Estas palabras hicieron muy poca gracia a Flora, que estuvo a punto de decir

un par de frescas a la persona que las había pronunciado.

—¡Pero si son Flora y Andrés!—exclamó Dolores sacudiendo a Luis.

Y corrió a abrazar a sus amigos.

—¡Pero, hombre! ¿Por qué no habéis avisado?

—¿Acaso no recibisteis nuestro telegrama?

—Aquí no se ha recibido la menor noticia vuestra. Pero todo tiene arreglo. Os prepararán dos sitios en la mesa inmediatamente. Voy a disponerlo yo misma.

Mientras esperaba, apareció Luis un poco vacilante.

—¡Oh, Luis!—exclamó Flora—. Tenemos que daros una gran noticia. Nos hemos casado. ¿Y vosotros?

—Todavía no.

—Pero ¿qué esperáis?

—Ya hablaremos. Ahora necesitáis lavaros. Os llevaré a vuestra habitación. Pedid a los criados lo que os haga falta.

Los condujo a un aposento que pareció a la pareja magnífico y se apresuró a regresar al comedor.

—Me parece que Luis vive con un lujo exagerado—dijo Andrés.

—Ciertamente—repuso Flora un tanto pensativa ante el empeño de Luis de encerrarlos en una habitación.

De pronto se abrió la puerta y entraron dos criados transportando una mesita rebosante de manjares.

—¿Qué significa esto?—preguntó Flora.

—El señor ha ordenado que les sirviéramos la cena en seguida.

—Pero... ¿aquí?

—Así lo ha mandado el señor.

Se miraron Flora y Andrés. Había en sus semblantes una nube de desolación.

Flora despidió a los criados y exclamó encolerizada:

—¡Vaya un modo de recibir a dos antiguos amigos!

—¡Perdónale, mujer! ¿No has notado que está un poco embriagado?

—Lo que he notado es que no es el mismo para nosotros. ¡Vámonos inmediatamente de esta casa!

Entretanto, Dolores, al ver que no lle-

gaban sus amigos, fué a buscarlos a su habitación y quedó muy sorprendida al verlos en plan de marcha.

Al enterarse de lo que ocurría les dió toda clase de explicaciones y les pidió perdón en nombre de Luis, pero Flora, que no acostumbraba a volverse atrás en sus resoluciones, replicó:

—No queremos nada con tu prometido. Tú, en cambio, tendrás de nosotros cuanto quieras. Si para algo nos necesitas telefonca al Hotel Yandis.

Y salió altivamente de aquella casa, tirando del brazo de Andrés.

* * *

Continuaba la fiesta.

Dolores sufría en un rincón, cerca de la mesa donde los criados servían el champaña.

Oyó de pronto que una voz decía:

—¿Te aburres, querido?

—Cuando uno hace el ridículo no suele aburrirse, Teresa.

—¡Qué tonto eres! Luis me divierte como me divertiría un "clown". Puedes estar seguro de que nada significa para mí.

Y haciendo llenar dos copas de champaña, entregó una a su amante, el cual brindó:

—¡Por tu "clown"!

Al oír esto, Dolores se acercó a Brooks y detuvo su brazo cuando iba a llevarse a los labios la copa.

—Un momento. Haga el favor.

Y llamó a Luis, con la consiguiente estupefacción de Brooks y Teresa.

Llegó el artista y Dolores le ofreció una copa al mismo tiempo que le decía:

—Estos señores, tus amigos, han comenzado a brindar y no quiero que terminen el brindis sin que estés tu presente... ¿Quiere repetir lo que ha dicho, señor Brooks?

Brooks estaba perplejo, Teresa acudió en su ayuda.

—Yo repetiré sus palabras: ¡Por Luis Raymond, el héroe de Broadway!

—¡No mienta usted!—dijo Dolores—. Diga lo que Brooks y usted han dicho antes. Llámennle "clown".

—¿Qué significa eso, Dolores?—preguntó Luis con extrañeza.

—Pues significa, que estos señores que tú tienes por amigos sólo te quieren para insultarte.

—¡Basta!—exclamó Luis—. ¡Son ri-

dículos tus celos! Me arrepiento de haberte traído a la fiesta.

—Y yo de haber creído en ti—replicó Dolores con desbordante furia, y añadió arrojándole el anillo de prometida: ¡Toma! ¡No quiero nada tuyo! ¡No quiero nada tuyo! ¡No quiero ni siquiera verte!

Y salió para siempre de aquella casa, mientras Luis pedía a sus "amigos" perdonaran a la exaltada Dolores.

* * *

Se fué al Hotel Yandis, a reunirse con sus amigos. Flora le dijo que había hecho muy bien enviando a Luis a paseo, pero Andrés se prometió arreglar las cosas.

Al día siguiente, cuando con esta intención se dirigió al teatro, una triste noticia le sorprendió.

Luis, a consecuencia del whisky había perdido la vista. No podía cantar. Y, mientras se le buscaba un substituto, el enfermo fué conducido a una clínica.

Días negros, de dolor y de desengaño. Nadie, nadie fué a visitarle. Sólo Andrés permanecía largas horas al lado de su lecho.

—¿Y ella?—se atrevió un día a preguntar.

—Sigue trabajando en el teatro de Barnes.

—Pero... ¿me odia todavía?

—Nunca te ha odiado. Te ama como siempre.

—¿Sabe que no tengo cura? ¿Que me he quedado ciego para siempre?

Una pausa. Por fin repuso Andrés con voz empañada por la angustia.

—No me he atrevido a decirle nada. Te quiere tanto.

—Qué necio fui Andrés. Ahora que vivo recogido en mí mismo me doy cuenta de lo mucho que ella vale y de lo despreciable que es esa desalmada de Van Rennsler.

* * *

Un éxito grande. El público pedía la canción "Contigo". Pero Dolores cantaba otras cosas. No podría entonar aquel himno de amor que siempre cantó a dúo con Luis.

Pero el público estaba empeñado y se vió precisada a complacerle.

Comenzó a cantar. Pronto la voz se le rompió en la garganta y un sollozo la hizo enmudecer.

Pero entonces sucedió algo inesperado, magnífico.

Allá arriba se oyó la voz de Luis, que terminó la canción que ella no podía continuar.

Jamás había cantado Luis con tanto sentimiento. Jamás había sentido Dolores una emoción tan honda.

—¡Es él! ¡Es él!—exclamó enloquecida.

Y bajó del escenario y corrió en su busca.

Como él pretendiera huir, se encontraron en el pasillo.

—¡Luis, mi Luis!—exclamó Dolores llorando de alegría.

Y, al arrojarle en sus brazos, se dió cuenta de que aquellos ojos no la podían ver.

Hubo una pausa empapada de amargura.

—¡Mi pobre Luis! ¿Por qué no me lo dijiste?

Pero él cambió de pronto de expresión y dijo alegremente:

—No me compadezcas. Me parece que sólo ahora podré verte tal como eres porque te miraré con los ojos del alma.

Y se abrazaron estrechamente, con un abrazo que hacía inútiles los juramentos de fidelidad eterna.

F I N

**Sea usted coleccionista de
LA NOVELA SEMANAL CINE-
MATOGRÁFICA MODERNA**

Continuación, como segunda época, de la
más popular de las novelas cinematográficas,
transformada

Portada a todo color

Bella postal-regalo.

Precio: 25 cts

Números publicados:

**Amor audaz
Bandido por excelencia
Tenor y Tenorio
La evadida
Amor
La indomable
Alta sociedad
El último de los Vargas
El amor en el ring
Fama trágica
La isla misteriosa**

¡Atención!

Encargue desde ahora a su librero
las siguientes novelas de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

El precio de un beso

(Segunda edición)

Del mismo barro

(Tercera edición)

M A M B A

(por Eleanor Boardman, Ralph Forbes, etc.)

que acaba de aparecer.

Esta semana:

El formidable éxito del ídolo del cine
sonoro, JOSÉ MOJICA

Ladrón de amor

(con todas las canciones)

Grandioso éxito de la nueva colección

ESTRELLAS DEL AMOR

Biografías noveladas de las grandes empujadas de la Historia

Número 1: **LA DU BARRY**

- 2: **MESALINA**
- 3: **LUCRECIA BORGIA**
- 4: **FRINE**

Gran éxito de la nueva publicación

Novela Teatral

Aparece los miércoles
publicando noveladas, las mejores obras de teatro

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados.
48 páginas de amena y sana literatura.
Postal-regalo en bicolor

Precio: 30 céntimos

Pida en cualquier quiosco o librería, lo más
rápido posible, por estar agotándose, la

Biografía novelada de José Mojica

protagonista de las grandes películas

El precio de un beso

(Dos ediciones)

Ladrón de amor

(Próxima a aparecer)

Todas las canciones de ambas películas.

Postal-regalo con dedicatoria

Precio: 50 céntimos

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA
Publicación semanal

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbas, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pez, 10 bis

—Teléfono 18561 - BARCELONA—